

los sucesos de 1707, preponderó en la corte el partido de la guerra. Estaba decidido el rey á probar á todos que el gobierno estaba todavía en sus manos y no en las de los Santos de la escuela de Fenelon; y con esta determinación tomó en marzo de 1708 la ofensiva contra la Inglaterra.

Los partidarios jacobitas creían tener grandes simpatías en Escocia y de ello persuadieron á Luis XIV, el cual envió una escuadra con muchas tropas, y el pretendiente Jacobo III á bordo, con orden de desembarcar á este y aquellas en Edimburgo. El momento no podía ser mas favorable, porque el ejército inglés estaba en el continente, en Bélgica, y en todo el reino de Escocia apenas había un total de 1,700 hombres de tropa. Era indudable que una vez en tierra la expedición, á lo menos por lo pronto, habría hecho progresos notables, y obligado al gobierno á debilitar inmediatamente su ejército en el continente; pero no llegó este caso, porque perseguida la escuadra francesa por otra inglesa superior, no se atrevió á efectuar el desembarco, y se volvió sin gloria y con pérdidas á Francia, refugiándose en el puerto de Dunquerque.

Animado Luis XIV por las ventajas alcanzadas el año anterior, quiso tomar también la ofensiva en Bélgica, para cuyo objeto había reunido allí considerables fuerzas, 110,000 de sus mejores soldados, á las órdenes de su mejor general el duque de Vandoma, en lugar de Villars de no menos talento y pericia, pero con cuya última campaña no había quedado contento.

Otro ejército muy respetable estaba á las órdenes de Berwick en Alsacia. Las instrucciones que había llevado el vencedor de Almansa consistían en sostenerse en frente de Eugenio, oponerse á su avance, y en caso de reunirse éste con Marlborough, unirse al ejército de Vandoma. A fin de animar á este último, destinado á alcanzar grandes victorias, y de dar una ocasión brillante á su nieto el duque de Borgoña para ejercitarse en la gran guerra, envióle al ejército de Bélgica como general en jefe nominal ó honorífico. No tardó en resultar esta disposición una gravísima falta; porque el heredero del trono tenía demasiado orgullo para obedecer, según había dispuesto el rey, aunque fuese á un general tan probado y perito como era Vandoma; cómo podía someterse el hijo del Delfín á las disposiciones del descendiente de un bastardo?

Por otra parte, cada palabra, cada acción de un hombre tan cínicamente licencioso como Vandoma había de causar al piadoso príncipe un horror inmenso; y á todo esto se agregaba que el general era uno de los individuos principales de la camarilla de Meudon, razón por sí sola suficiente para que el príncipe le profesara un odio mortal, y para que, lo mismo que las personas que le rodeaban, no dejara escapar ocasión alguna de contrariarle, exasperarle y oponerse sistemáticamente á todos sus planes. Finalmente es casi excusado decir que el príncipe era todo, menos guerrero; y no solamente no tenía aficiones militares, sino que era tan fanático por la paz, que hasta se había alegrado de que algunas derrotas de las armas francesas apresurasen su realización (1).

Por lo pronto obtuvo el gran ejército francés resultados halagüeños. Los holandeses, no queriendo admitir la lugartenencia de Marlborough en Bélgica, habían establecido allí un gobierno, que por su carácter protestante holandés, aumentado con exacciones y faltas de delicadeza, tenía excelsísima á la población fanáticamente católica y alejada desde 140 años antes de sus hermanos mas septentrionales; tanto que los franceses, casi sin disparar un tiro, con el auxi-

(1) Esto parece justificar las acusaciones que se hicieron contra Berwick en su retirada de Portugal. (N. del T.)

lio de la población pudieron apoderarse de las dos ciudades principales de Flandes, Brujas y Gante. Hecho esto, pusieron sitio á Oudenarde, entonces plaza muy fuerte, y cuya posesión les era indispensable para unir las dos ciudades conquistadas con la Francia.

Estos golpes de mano desalentaron profundamente á Marlborough que tan fácilmente se afectaba. Envío repetidos mensajes al príncipe Eugenio para que acudiera á toda prisa á su socorro, pues estaba con sus tropas imperiales y federales en el Alto Rin desde que su presencia no era necesaria en Italia. No se hizo rogar mucho el príncipe Eugenio, é interin llegaba su ejército, adelantóse con una pequeña escolta de caballería, con la cual tomó parte en la batalla que Marlborough, animado por sus consejos, se determinó á dar á los franceses en 11 de julio de 1708 con el fin de distraerlos del sitio de Oudenarde. Jamás quizás se ha librado una batalla campal tan grande como ésta sin intervención alguna de los generales en jefe, solo por el valor y tacto de los soldados. En ambos bandos iban llegando las brigadas sueltas al campo de batalla muy pausadamente una tras otra, y apenas llegaban buscaban cada uno los enemigos á quienes podían atacar. La suerte de los aliados fué que los generales franceses se empeñaron luego en querer dirigir el combate cada uno por su lado, contrariándose adrede, revocando el uno lo que acababa de mandar y disponer el otro. Además, en aquella jornada las tropas aliadas se componían de soldados fogueados, casi todos holandeses y alemanes, y mejores tiradores que los franceses, en gran parte tropa bisona, que al cerrar la noche cedió al empuje del enemigo. Vandoma, furioso de verse vencido, por primera vez en su carrera, y por un ejército inferior con mucho al suyo en número, quiso renovar la batalla al día siguiente; pero entonces el duque de Borgoña dió el orden de retirada inmediata, retirada que tomó luego un carácter funesto. Las tropas en la oscuridad de la noche perdieron el contacto y se separaron dando lugar al enemigo á hacerles 9,000 prisioneros. Con el resto fortificóse el príncipe cerca de Gante con la intención de impedir así á los aliados el avance en dirección al Sur; pero ¡cuán poco conocía el carácter emprendedor de sus contrarios, en particular el del príncipe Eugenio que en esta campaña dirigió mas que su amigo Marlborough las operaciones! Apenas habían llegado sus 30,000 hombres á incorporarse al ejército cuando ya emprendió el sitio de Lila, capital de la Flandes francesa y plaza muy fortificada. Para llegar allí con todo el tren de sitio, artillería gruesa, municiones de guerra y de boca, los aliados tuvieron que ofuscar al enemigo con marchas simuladas y excursiones al Artois y á Picardía, países á los cuales asolaron y saquearon horriblemente, de suerte que en esta ocasión estas provincias francesas sintieron también un poco de los infortunios que sus soldados desde casi un siglo habían sembrado tan abundantemente en los países vecinos. Por esta misma razón no se atrevió Berwick á reunirse con sus fuerzas á las de Vandoma y del duque de Borgoña, y prefirió proteger las provincias y plazas fuertes del Norte de Francia contra las invasiones del enemigo, mientras sus colegas citados estaban detrás del canal de Gante zahiriéndose y deshaciendo cada uno las disposiciones del otro, con lo cual á pesar de hallarse situados entre Lila y las plazas donde los aliados tenían sus arsenales, no impidieron que inmensos trenes de sitio pasasen desde estas últimas á la primera.

Lila, además de su situación topográfica en extremo ventajosa entre rios y pantanos, estaba fortificada con todo arte, en especial su ciudadela que estaba considerada como una de las obras maestras de Vauban. Su guarnición había sido aumentada hasta 10,000 hombres y su comandante era el

anciano mariscal Boufflers, el intrépido defensor de Maguncia y de Namur. Encargóse del sitio Eugenio con una parte de las fuerzas, mientras Marlborough con el grueso del ejército defendía á los sitiadores contra ataques exteriores, bien que el total no llegaba ni con mucho á la mitad de las fuerzas de que disponían los generales franceses reunidos. Estos, continuando en su divergencia, nada de provecho emprendieron; nada hicieron Berwick, ni Vandoma ni el duque de Borgoña; y cuando Luis XIV irritado de la tardanza envió orden precisa de socorrer la plaza, encontraron á las tropas aliadas tan bien atrincheradas, que habría sido locura quererlas atacar en su campamento. Así pues, los tres generales con sus 140,000 hombres abandonaron á Lila á su suerte, ni supieron siquiera apoderarse de un grandísimo tren de carros con municiones que acudía de Ostende.

Boufflers se defendió como un héroe mas de dos meses, durante cuyo tiempo se dieron mas de quince grandes combates, en uno de los cuales el príncipe Eugenio fué herido en la cabeza; pero finalmente, á últimos de octubre tuvo Boufflers que abandonar á los sitiadores la ciudad y retirarse á la ciudadela. El duque de Borgoña quiso salvarle distraiendo al enemigo con un ataque sobre Bruselas; pero al saber que Eugenio y Marlborough se acercaban con el grueso de sus fuerzas despues de dejar en Lila un cuerpo suficiente de observación, abandonó gran parte de su artillería y sus municiones y se retiró. Con esto se acabó la paciencia de Luis XIV, y mandó distribuir las tropas en sus cuarteles de invierno. Al día siguiente de haberse disuelto el ejército francés, el 9 de diciembre de 1708, capituló la ciudadela de Lila retirándose sus valientes defensores con armas y bagajes.

Ya no hubo salvación tampoco para Brujas y Gante, que con todas sus fuertes guarniciones cayeron en manos de los aliados en lo que restaba del año.

Para las armas aliadas había sido brillantísima esta campaña; bien que en gran parte se debió el éxito á la mala dirección de los ejércitos franceses tan numerosos.

La culpa principal recayó sobre Vandoma; porque aunque en realidad la tenía el duque de Borgoña, no quiso humillarle Luis XIV para no empañar el brillo de la corona que estaba destinado á llevar, á pesar de que personalmente el rey no podía ver á su nieto. El castigo que cayó sobre Vandoma fué tanto mas duro cuanto que no dejaba de tener gran parte de la culpa por su comportamiento cínico y provocativo, por su desdoro para con el heredero del trono, y por sus continuas pendencias con Berwick. Fué destituido y desterrado de la corte. Boufflers en cambio fué recompensado con el título de duque, la dignidad de par del reino y otras mercedes.

Ni en España ni en la cuenca del Rin ocurrieron sucesos de importancia en esta campaña de 1708. El príncipe elector de Hanover, feld-mariscal del imperio, ni siquiera hizo la mas insignificante tentativa contra las menguadas divisiones francesas que habían quedado en frente de él despues de la marcha de Berwick con el grueso de su ejército al Norte, fundándose en el fútil pretexto de que se habían marchado los contingentes del emperador, del rey de Prusia y del Palatinado.

En España por lo menos el excelente general Guido Starhemberg á quien el emperador había enviado con algunos miles de hombres al socorro del «rey Carlos III» defendió la ciudad de Barcelona y su comarca contra las fuerzas superiores del duque de Orleans, el cual por lo demás no tardó en hacerse completamente imposible por su conducta dirigida á arreglar para sí un reino de Aragón. Mejor éxito tuvo una escuadra inglesa que salió del puerto de Barcelona

con tropas aliadas á bordo y el propósito de conquistar la isla de Cerdeña y las Baleares por cuenta del emperador ó mejor dicho para el pretendiente su hijo. Tomó esta escuadra posesión de la primera con auxilio de los habitantes y en seguida se apoderó de la de Menorca y su capital Mahon, cuyo puerto estaba considerado el mejor del Mediterráneo. Por esta razón el ministerio inglés determinó seguir el consejo de Stanhope que había tomado la isla, de conservarla como Gibraltar para siempre como otra estación marítima inglesa.

Mientras esto sucedía, el emperador José I procedía en Italia como dueño absoluto ya, satisfecho de haber logrado el cumplimiento de su deseo constante de devolver al antiguo imperio romano germánico, ó como se llamaba al «sacro romano imperio» un reflejo siquiera de su antiguo brillo. Desde luego confiscó á Mirándola y Mantua como feudos vacantes del imperio alemán, bien que tuvo que mermar este último ducado en su parte Occidental, el condado de Monferrato, y en la importantísima plaza de Casale para darlos al duque de Saboya en recompensa de su cooperación, porque de lo contrario amenazaba separarse de la coalición. El resto, ó sea el ducado propiamente dicho con su capital, tan fuerte que casi era inexpugnable, fué reunido á los estados hereditarios del Austria. Así se estableció la rama alemana de los Habsburgos en Italia, donde hasta entonces no había poseído un palmo de terreno, y acto continuo el emperador en virtud de haber restablecido el Sacro Imperio, se proclamó protector de la Italia. En esta nueva calidad tocábale castigar al papa Clemente XI por haber tomado partido á favor de la Francia, y en su consecuencia declaró extinguida para siempre la soberanía de la Santa Sede sobre el reino de Nápoles; y cuando el Papa contestó reuniendo tropas, y negociando alianzas con los diferentes Estados italianos auxiliado por la diplomacia francesa, entró en los Estados de la Iglesia un ejército austriaco que los trató según el derecho de guerra como país conquistado. El Papa, á falta de otro camino de salvación, se sometió á las exigencias del emperador, y renegando de sus simpatías borbónicas, reconoció á Carlos III por rey de España, bien que este no poseía de todo el reino mas que la ciudad de Barcelona.

Resumiendo los resultados que había alcanzado la coalición al cabo de ocho años de guerra, resulta que fueron considerables. Toda la Bélgica y toda la Italia, excepto la isla de Sicilia, habían sido arrancadas del poder borbónico; con la toma de Lila se había mermado el mismo territorio francés; y el dominio del Mediterráneo pertenecía en adelante á los ingleses.

Lo peor para la causa borbónica era que Luis XIV se vió obligado á exclamar: «El estado de mi hacienda no me permite continuar semejante lucha!» Y era verdad. El monarca francés había llegado al límite de la fuerza tributaria de su reino, ya completamente empobrecido al concluir la guerra anterior. Chamillart, el ministro de hacienda y de la guerra, tan notoriamente incapaz, había echado mano de los arbitrios mas fatales para proporcionarse fondos. Había modificado cinco veces la ley de la moneda, por supuesto siempre en perjuicio del público; había tomado préstamos al ocho y diez por ciento de interés; había creado por valor de 483 millones de libras (2,898 millones de pesetas) en bonos del tesoro con interés; pero como éste no se pagaba, ni había esperanza de reembolso del capital, se despreció este papel muy pronto, tanto que á la sazón solo podía circular á duras penas por la quinta parte de su valor nominal. Había creado además millares de empleos inútiles, por demás molestos y esquilmadores, como los de inspectores por cada ramo de

almotacenia, de los puestos de carne, de mantequilla, de queso, de fruta, de artículos de carne de cerdo, y hasta inspectores de pelucas (1). Todos estos empleados aumentaban considerablemente el número ya inmenso de las personas privilegiadas, de modo que quedaban pocos pudientes que no estuvieran exentos de pagar contribuciones directas; y á medida que el número de estos contribuyentes se reducía, mas gravadas quedaban las clases pobres que no tenían dinero para comprar aquellos empleos que eximían á sus poseedores de la tributacion. Sucedió, pues, lo que no podía menos de suceder, es decir, que el pueblo se amotinó, sobre todo en el Mediodía, siempre mas turbulento que el Norte, y que solo pudo aplacarse perdonándole los atrasos y haciéndole rebajas. Había este ministro empeñado las contribuciones por años, á fin de proporcionarse dinero para las necesidades corrientes é imperiosas, pero á pesar de esto faltaba á la tropa con frecuencia lo mas indispensable, incluso las municiones de guerra, como sucedió al ejército en medio de la batalla de Oudenarde. El gran rey mismo tuvo que hacer la corte á capitalistas y usureros para lograr que le prestaran dinero. Por fin Chamillart, desesperado de no encontrar la salida de semejante laberinto, dimitió la cartera de hacienda en manos de Desmaret, sobrino del difunto Colbert.

El invierno de 1708 á 1709, tan extraordinariamente frio, aumentó la miseria hasta un grado desconocido é imposible, porque los árboles frutales y hasta los gérmenes de los cereales se helaron y murieron, causando una carestía nunca vista, que el gobierno trató inútilmente de disminuir con su método pueril de perseguir á los almacenistas. En todas las provincias del reino hubo motines del pueblo, dirigidos contra las autoridades y los panaderos, y fué menester emplear para su supresion una gran parte del ejército, con lo cual se disminuyó la fuerza que debía operar contra los enemigos del exterior. El Delfín y el rey mismo se vieron insultados en medio de la calle por el pueblo exasperado; carteles en las esquinas y cartas anónimas les amenazaban con el puñal de Bruto y de Ravallac. Mas odiada todavía era la señora de Maintenon, que no podía mostrarse en público sin recibir insultos; y libelos crueles contra ella y el rey llegaban á manos de ambos.

A esto había llegado el gran rey Sol, del cual había dicho Colbert en una de sus cartas, que su poder no conocía mas límites que su voluntad!

En circunstancias tan desesperadas enseñoreóse completamente de la corte de Versalles el partido de la paz, y Luis XIV accedió á hacer proposiciones encaminadas á este objeto á los Estados Generales de Holanda y por mediacion de éstos á la gran alianza en general. Habíase ya acostumbrado á la idea de abandonar á los Habsburgos la España con sus posesiones de Ultramar, y la Bélgica á la república de Holanda para que hiciera de ella lo que mas le acomodare; solo quería salvar para su nieto Felipe las provincias españolas de Italia; pero estas proposiciones fueron rechazadas por las tres potencias principales de la Gran Alianza, á saber, la Inglaterra, la Holanda y el emperador. En esta negativa influyó mas que nadie, Marlborough, que no quería que Felipe se quedara con parte ninguna de la monarquía española, y mucho menos con territorios italianos, atendido que el emperador pedía ya el ducado de Milan, y la Inglaterra pretendía dominar como soberana en el Mediterráneo, cosa difícil si un Borbon gobernara en Nápoles y Sicilia. En vista de tales dificultades, resolvió Luis enviar al Haya á su ministro de negocios extranjeros, Torcy, para ver si obtenía condiciones

(1) Para que no llevase nadie una peluca que no correspondiese á su categoría. (N. del T.)

aceptables; pero los aliados, envalentonados y en la creencia que su contrario de ninguna manera se hallaba en estado de continuar la guerra, subieron sus exigencias en lugar de bajarlas, y pidieron no solamente que Luis XIV cediera á la casa de Austria toda la herencia española, que reconociera la sucesion protestante en Inglaterra y expulsara á los Estuardos de Francia, sino que cediera también á los holandeses por vía de «barrera» de seguridad una línea de fortalezas francesas en el Norte. Despues de mucho vacilar, negociar y regatear, conformóse Torcy con tan durísimas condiciones. Cuando los aliados vieron hasta dónde se humillaba su enemigo, aumentaron sus exigencias mas y mas; pidieron el restablecimiento de la frontera alemana tal como la había fijado la paz de Westfalia, y la cesion de otra «barrera» ó línea de plazas fuertes francesas al duque de Saboya.

A esto se resistió Luis XIV, porque el estado de la guerra no justificaba todavía semejantes sacrificios; ni tampoco quería acabar su largo reinado con tan humillantes pérdidas territoriales, y viendo que los aliados aumentaban sus exigencias á medida que él se sometía á ellas, hizo que Torcy, á pesar de su gran deseo de paz, como amigo que era del duque de Borgoña, rompiera las negociaciones en junio de 1709 y saliera del Haya. Causó esta partida grandísimo sentimiento á los diplomáticos aliados, que habían creído que la Francia no haría ya resistencia alguna. Marlborough conocía á su gente y había hecho desde algunas semanas todo lo posible para dar á entender á los aliados que no debían llevar sus exigencias mas allá de lo racional; pero también se sabe ahora de una manera que no admite duda que aquel hombre, flexible y previsor, estaba en correspondencia con el mismo Torcy para ponerse por medio de él en contacto con el pretendiente Estuardo Jacobo III y estar preparado en todo caso para cuando la muerte de la reina Ana trajera consigo un nuevo cambio de dinastía.

El pueblo francés aprobó la ruptura de las negociaciones de paz cuando Luis XIV dió á conocer en una proclama dirigida á la nacion los motivos á que había obedecido. Para dar al propio tiempo una satisfaccion á la opinion pública, despidió á Chamillart reemplazándole en el departamento de la guerra con Voisin, persona mucho mas capaz é idónea.

La Francia, tan cruelmente ultrajada por los aliados con sus exigencias temerarias, respondió al manifiesto de su rey poniendo una vez mas á disposicion del gobierno su sangre y su dinero. Los donativos de particulares acomodados subieron pronto á muchos millones. En Castilla también al saberse lo sucedido hubo un verdadero júbilo, porque ya no se trataba de imponer al país á la fuerza un rey que no querían sobre todo las provincias adictas al Borbon, al cual ya no consideraban como extranjero.

El mariscal Villars, el único de los altos jefes militares franceses que no había sufrido derrota, fué puesto á la cabeza del ejército que operaba en Bélgica, mantenido por el patriotismo de sus oficiales que sacrificaban para él su propia fortuna. Villars era hombre de concepciones y ejecuciones rápidas, infatigable y valiente, pero también vanidoso, fanfarron, rapaz y egoísta como ninguno. En los Alpes mandaba las fuerzas francesas Berwick, que tenía en frente al duque de Saboya. El ejército de España recibió igualmente refuerzos. Reparada así la Francia, iba á arrojarse de nuevo á la lucha contra un enemigo de fuerzas superiores. Creíase que sería este el último esfuerzo, que decidiría definitivamente del éxito de esta guerra tan formidable y tan sangrienta.

En frente de los 80,000 soldados de Villars pusieron los aliados 110,000 mandados otra vez por Marlborough y el príncipe Eugenio. Villars, viendo la superioridad del enemigo, creyó que en primer lugar debía impedir que se adelantara

mas al interior de Francia, y en su consecuencia construyó líneas fuertemente atrincheradas entre Douai y el río Lys, detrás de las cuales se abrigó con su ejército. En tal posicion dejó que los aliados pusieran sitio á Tournay, fortaleza importante que resistió á todos los ataques dos meses y medio, teniendo así ocupados á los aliados la mayor y mejor parte del verano. Esta ventaja indirecta no satisfizo á Luis XIV, el cual envió al ejército de Villars al valiente general Boufflers que se avenía muy bien con aquel, cosa rara entonces. Era su objeto que ambos ilustres capitanes se opusieran á todo ulterior progreso de los aliados y no permitiesen que hicieran mas conquistas en territorio francés. Justamente entonces se dirigieron los aliados contra Mons, la capital del Hainaut, con intencion de poner sitio á esta importante fortaleza; y Villars les salió al encuentro para cerrarles el paso tomando excelentes posiciones defensivas cerca de Malplaquet. Su ala derecha á las órdenes de Boufflers se apoyaba en el bosque espeso de Lagniere, fortificado con árboles echados en tierra y trincheras, y defendido por algunos batallones; la izquierda ocupaba á su vez el bosque de Tasniere, también fortificado y defendido por tropas, de modo que la artillería situada en sus parapetos, que sobresalían de la línea general, dominaba todo el terreno que el enemigo tenía que atravesar para atacar el centro francés, el cual ocupaba el claro entre ambos bosques, llamado de Aulnoit. Las alturas que en toda la línea tenían los franceses estaban fortificadas con triples parapetos guarnecidos de numerosa artillería, de suerte que parecía de todo punto imposible que los 90,000 soldados de Eugenio y de Marlborough pudiesen expulsar de tan fortísimas posiciones á los 80,000 franceses que las defendían. No obstante, procedieron los aliados al ataque el 11 de setiembre por la mañana, dirigiéndose Marlborough contra el centro y el ala izquierda con los ingleses, holandeses, hano-verianos y prusianos, y Eugenio acometiendo al ala derecha con los contingentes federales, daneses y tropas imperiales. Largas horas duró indecisa la lucha, sangrientísima para los aliados, á causa de la ventajosa posicion de los franceses. Eugenio tomó con sus soldados la línea avanzada del bosque de Tasniere tan mortífera, pero solo para encontrarse frente á frente en el claro de Louviere con una nueva línea de formidables reductos franceses. En el ala izquierda sacrificaba entre tanto el joven príncipe de Orange treinta batallones holandeses y alemanes para tomar las obras francesas, sin alcanzar el resultado deseado, cuando Eugenio acudió y salvó la jornada. Herido en la cabeza, aprovechó una confusion que observó en las líneas enemigas, originada por una bala de cañon que había herido á Villars en la pierna, y se echó sobre su ala izquierda, arrojando á los franceses de posicion en posicion hasta obligarlos á declararse definitivamente en retirada, en cuyo momento arrojó 90 escuadrones de su caballería sobre el centro enemigo y lo descompuso. Boufflers dispuso la retirada general, que se hizo con el mayor orden; de modo que cayeron solo 500 prisioneros franceses en poder de los aliados, pero casi ningun trofeo. Las bajas fueron enormes, 18,000 por parte de los aliados y 15,000 por la de los franceses.

Cara había costado la victoria; tanto que en Francia hasta se consideró la pérdida de la batalla como una victoria, atendidas las inmensas bajas del enemigo; pero á pesar de esto, y aunque Luis XIV recompensó con gusto al mal herido Villars elevándole á la dignidad de par de Francia, la batalla de Malplaquet no dejó de ser ventajosa para los aliados, los cuales pusieron sitio á Mons y la obligaron á capitular sin que los franceses intentaran estorbarlo, con lo cual la coalicion se apoderó de todo el Hainaut. No pudieron hacer mas; porque los sitios y batallas campales habían

debilitado y fatigado tanto á las tropas, que Eugenio y Marlborough se vieron forzados á distribuir las, ya á últimos de octubre de 1709, en sus diferentes cuarteles de invierno. Esta jornada de Malplaquet con las grandes pérdidas que tuvo que lamentar Marlborough originó quizás la letrilla popular francesa tan conocida: *Marlborough s'en va-t-en guerre*, etcétera (1), en la cual se refiere cómo la esposa de este general recibe la noticia de su muerte tal como los franceses la deseaban.

Los directores de la Gran Alianza creyeron firmemente que esta nueva derrota ó retirada de Malplaquet determinaría al gobierno francés á rendirse y admitir las condiciones de paz que le impusieran, tanto mas cuanto que también las cosas de Hungría habían tomado un aspecto muy favorable para el emperador, de suerte que podían ya dirigirse contra los franceses las tropas empleadas hasta entonces en aquella parte de Europa.

La insolencia grosera con que Rakoczy había procedido en el parlamento de Onod había disgustado á todas las clases de la nacion húngara; porque sucede con frecuencia que los partidos revolucionarios, al principio empujados y sostenidos con entusiasmo por la opinion pública, traspasan despues en su rápido vuelo los deseos de la opinion, é insensiblemente se van quedando aislados y abandonados. Las personas prudentes y previsoras en Hungría no querían de ninguna manera cambiar la dinastía antigua de los Habsburgos por la nueva de un Rakoczy. Mas que nunca estaba demostrado por una parte que solo el Austria era capaz de proteger la Hungría contra su vecina la Turquía, sobre todo desde que la Polonia se iba debilitando cada día mas, y por otra parte que la Hungría seguramente desaparecería del mapa si tenía á ambas vecinas, la Turquía y el Austria, por enemigas. La gran mayoría del pueblo magyar y los pueblos eslavos agregados á Hungría querían que los Habsburgos les dieran mejor gobierno, pero no que fueran destronados; por esto protestaron tan en masa contra las resoluciones del parlamento de Onod, el palatino príncipe Esterhazy, 22 obispos, 11 barones, 26 gobernadores ó jueces de distrito, 40 representantes de la nobleza, 13 ciudades ó villas francas y los tres reinos eslavos de Croacia, Dalmacia y Esclavonia. Esta protesta fué singularmente apoyada por una brillantísima victoria que el feld-mariscal Heister, que entre tanto había sido encargado otra vez del mando en jefe del ejército en Hungría, alcanzó en agosto de 1708 cerca de Trensin sobre las fuerzas de Rakoczy que quedaron completamente dispersadas. Esto y el rigor bárbaro que Heister empleaba mas que nunca contra los rebeldes y sus partidarios acabaron de consuno con la rebelion; una ciudad tras otra, un magnate tras otro hasta entonces enemigos, tanto en la Transilvania como en Hungría, se pasaron al partido del emperador. Rakoczy acabó de hacerse odioso imponiendo castigos despoticos y sangrientos á los tibios y desertores; y como al propio tiempo los generales austriacos no le daban descanso y le derrotaban en todos los encuentros, apresuráronse todos los rebeldes á acogerse á la amnistía general que el generoso José I ofreció por mediacion del general Palfy á los insurgentes; solo Rakoczy y sus parciales mas fieles y adictos, como los condes Bercsenyi, Forgach y Esterhazy se negaron á someterse y prefirieron huir á Polonia. Despues, por mediacion del conde Karolyi, los últimos magnates y ciudades rebeldes, en abril de 1711 en la asamblea constituyente de Szathmar, reconocieron la dinastía de los Habsburgos en cambio de una amnistía incondicional y de la conservacion de todos los derechos y fueros antiguos de Hungría y Tran-

(1) Mambur se fué á la guerra...

silvania. Con esto quedó sellada la paz interior en aquel país después de una lucha de nueve años, paz que no volvió a turbarse en cerca de siglo y medio. Rakoczy se convenció de que su causa estaba perdida sin esperanza, y se trasladó a Francia con los pocos amigos que no habían querido abandonarle.

Contra tan grandes resultados como eran los obtenidos en Bélgica y Hungría, poco importó que el bizarro Guido Starhemberg con sus fuerzas insignificantes, embarazado además por la constante y terca oposición del general inglés Stanhope, hubiese hecho poquísimos progresos en España, y que el elector de Hanover, triste general de un ejército mas triste todavía, no hubiera sabido proteger siquiera las comarcas alemanas fronterizas a la Francia contra los saqueos de las mermadas tropas francesas que allí habían quedado. Habría sido mejor que se hubiese seguido el consejo de Marlborough de subir por el valle del Mosela y tomar a Metz, con lo cual habría quedado abierto y despejado el camino hasta París. En la situación en que estaban las cosas podía calcularse con seguridad el tiempo que se necesitaría para apoderarse de la última fortaleza que en el Norte cerraba el camino de la capital de Francia, donde un Federico II y un Napoleón I habrían estado ya desde mucho tiempo, después de victorias como las de Ramillies, Oudenarde y Malplaquet. En efecto Luis XIV se creía perdido y no contaba ya con hacer resistencia. Era tan grande su penuria que ni los proveedores de la real casa querían fiarle ya sus géneros. La tropa ni siquiera recibía con regularidad su ración de pan, y cuando la recibía era de avena, de calidad tan mala que muchas veces ni el hambre podía obligar a comerla. Los intendentes de las provincias fronterizas tuvieron que organizar verdaderos saqueos entre los habitantes para procurar abrigo, ropa, caballos y carros a la tropa, pues que el gobierno no tenía medios de proporcionárselos. Amenazaba una bancarota no solo del gobierno, sino de la nación, del pueblo francés. Fenelon, seguro del apoyo del duque de Borgoña, pudo tomarse la libertad de dirigir al monarca tres memorias en las cuales le instaba a hacer inmediatamente la paz para salvar el reino, del cual no era propietario sino solamente usufructuario. Aconsejábale que aunque fuese a la fuerza, obligase a Felipe V a abdicar la corona de España; y aun si fuese necesario ceder a los enemigos algunas fortalezas francesas, opinaba que deberían serles cedidas.

El jefe del partido de los «Santos» daba estos consejos porque se habían reanudado a la sazón las negociaciones de paz, aunque sin perjuicio de las operaciones militares, en el palacio holandés de Gertruidenberg desde el mes de marzo de 1710, entre los plenipotenciarios holandeses Buys y Vander Dussen y los franceses que eran el anciano mariscal De Huxelles y el abate De Polignac, diplomático diestro, enérgico, activo y sin escrúpulos. Luis XIV estaba ya dispuesto y resuelto a hacer el sacrificio de toda la monarquía y herencia españolas; a conceder a la Holanda una «barrera» a expensas de la Francia, consistente en las plazas, importantes en concepto militar y mercantil, de Valenciennes, Douai y Cassel; y a demoler las fortificaciones de Dunquerque y de todas las plazas fuertes de Alsacia. El único mal era que esta vez no querían la paz los hombres de Estado de la parte contraria y solo seguían las negociaciones por mero simulacro, porque creían la situación de la Francia tan desesperada, que continuando la guerra la obligarían a reducirse a las fronteras fijadas en la paz de Westfalia, es decir, a retroceder a la situación que tenía mas de siglo y medio antes. Con tales intenciones pusieron a los plenipotenciarios franceses la condición, imposible por lo humillante, de que el mismo gobierno francés se encargara de arrojar

de España al nieto de Luis XIV. El pretexto de esta exigencia era que obstinándose Felipe V en no retirarse y estando por él los españoles, era de temer que Luis XIV a pesar de todas sus promesas auxiliaría a su nieto ocultamente. Para matar estos escrúpulos declaróse dispuesto el monarca francés a dar todas las seguridades imaginables, aunque fuese la entrega temporal de algunas fortalezas como garantía.

No podían exigir mas los aliados, porque asegurados de esta manera respecto de Luis XIV, ¿cómo hubiera podido Felipe V resistir a las fuerzas unidas de la gran alianza cuando a la sazón apenas podía contener a los regimientos incompletos de Starhemberg, Stanhope y portugueses? Esta vez, sin embargo, la sed de venganza y la soberbia impulsaban a los aliados a exigir una cosa que para Luis XIV habría sido un baldon inaguantable; ni habrá nadie que no apruebe su resolución de no humillarse hasta el grado de separar con sus propias armas a los que él mismo había unido, es decir, a la nación española y a su nieto Felipe V. Para hacer todo lo que humanamente era posible, llegó hasta ofrecer a los aliados un subsidio de doce millones de libras para que ellos en su lugar se encargaran de expulsar a su nieto de España, a fin de que viesen que solo quería evitarse la inextinguible afrenta de hacer luchar a soldados franceses contra un príncipe Borbon, su nieto y protegido. Llegó por último al extremo de prometer, si se le ahorra semejante afrenta, que restituiría a la casa de Austria toda la Alsacia.

Los aliados siguieron inexorables, y en 13 de julio firmaron un ultimatum en el cual exigieron de Luis en los términos mas duros que echara de España a su nieto en el plazo de dos meses, y para decidirse fijaron otro de quince días.

Esto era ya demasiado, y Luis XIV hizo regresar a su embajador. Los aliados perdieron la ocasión de imponer a la Francia una paz bajo condiciones que jamás, en ninguna época, se habían obtenido de esta nación, la cual habría recibido así un escarmiento y castigo tan duros como hasta una época reciente no se habían visto otros iguales, excediendo seguramente de las esperanzas mas atrevidas que los aliados hasta entonces podían haber alimentado. Por desgracia cegó a los aliados la soberbia mas bárbara, una soberbia como Luis XIV no la había tenido en sus tiempos mas gloriosos. Estaba dispuesto Luis a hacer los mas dolorosos sacrificios, quería declararse completamente vencido, pero quería al mismo tiempo sucumbir con dignidad y no arrastrarse por el lodo; no quería envilecerse, y tenía razón.

Los dictadores de Gertruidenberg no habían contado con los recursos inagotables del suelo y del carácter francés, con el patriotismo tan grande de esta nación, y sobre todo no habían contado con la Nemesi inescrutable que tan a las claras patentizaba su inexorable poder en el mismo rey Luis y en la Francia.

Por lo pronto los sucesos de la campaña de 1710 fueron favorables a las exigencias de la coalición. Habían determinado Eugenio y Marlborough permanecer a orillas del Rin a la defensiva; que el duque de Saboya se echara sobre el Mediodía de Francia, que Carlos III por Levante y los portugueses por el lado de Poniente combinaran sus movimientos para estrechar a los defensores de Felipe V, y acabar con su dominio en España; que por el lado de Bélgica se tomaran las últimas fortalezas que cerraban el camino de París, y que simultáneamente se desembarcasen tropas aliadas en las costas del Mediodía y Noroeste de Francia para llevar a estas comarcas todos los horrores de la guerra. Claro está que si todo esto se hubiese ejecutado al pie de la letra, habría sido completa la humillación de Luis XIV.

Eugenio y Marlborough no se durmieron; en abril estaban

ya en campaña; tomaron a Mortagnes y se pusieron delante de Douai, que estaba defendida por 8,000 hombres dirigidos por los mejores generales y oficiales de artillería é ingenieros franceses. Villars no se atrevió a socorrer seriamente la plaza que hubo de rendirse a fines de junio. Arras a donde querían dirigirse los aliados estaba defendida por líneas bien fortificadas, que ocupaba Villars con sus tropas; y en vista de ello tomaron las tres fortalezas menores de Bethune, Aire y Saint Venant.

Al propio tiempo el estado de la campaña en España daba esperanzas de que no pasaría el año sin que se hubiese arrojado de allí al rey Borbon, con lo cual habría quedado en efecto eliminado el obstáculo mayor para llegar a una paz general. Luis XIV, a fin de demostrar a los aliados la sinceridad de sus proposiciones, había retirado sus tropas de la península ibérica, y solo había prometido a su nieto, después de oponer toda clase de dificultades, levantar el destierro de Vandoma y permitirle tomar un mando superior en España, donde fuera de esto quedaba Felipe V limitado a sus recursos propios, de modo que él mismo capacitaba sus tropas y marchaba al encuentro de sus enemigos que acababan de recibir de Inglaterra é Italia refuerzos bastante regulares (1); Starhemberg y Stanhope en cuya compañía iba el presunto rey Carlos III se dirigieron con su abigarrado ejército contra el de Felipe, al cual vencieron en julio de 1710 cerca de Almenara a orillas del río Segre. Luchando con el hambre, el calor y la sed marcharon las fuerzas de los aliados sobre la capital de Aragón y en vano se adelantó Felipe V a protegerla con sus fuerzas. Los dos ejércitos se encontraron y trabaron batalla el 20 de agosto, pero los regimientos bisoños del Borbon a los primeros tiros apelaron a la fuga y la derrota fué tan completa que el ejército de Felipe perdió todas las banderas, toda la artillería y 9,000 soldados entre muertos, heridos y prisioneros, pudiendo hacer el mismo día el pretendiente austriaco su entrada triunfal en Zaragoza, donde restableció todos los fueros de Cataluña, Valencia y de todos los países que constituían la Corona de Aragón, con lo cual ganó el afecto permanente de estos pueblos.

Felipe V con su ejército reducido a 9,000 hombres desalentados corrió a Madrid donde le recibió la población con los gritos de «¡Viva el rey Felipe V! ¡Mueran los traidores!» pero esto no le dió soldados para resistir a las fuerzas aliadas que contra la opinión prudente de Starhemberg fueron dirigidas a toda prisa sobre Madrid por el impaciente é impetuoso Stanhope, digno sucesor en esto de Peterborough. Felipe, al saberlo, retrocedió hasta Valladolid adonde le siguieron todos los altos empleados, los nobles y las personas pudientes de la clase media. Los aliados atravesaron la Castilla donde en todas partes reinaban la soledad y el silencio. En setiembre entró Carlos en Madrid, siendo recibido glacialmente, de suerte que exclamó contrariado: «Esta ciudad es un desierto!» y se alojó en una quinta de las cercanías. Sin embargo, si podía llejar el ejército portugués y reunirse con las fuerzas de Starhemberg y Stanhope la España estaba ganada para los aliados; y como no había ejército alguno entre la capital y la frontera portuguesa, no debía dudarse que esta reunión se efectuaría, y entonces ambos ejércitos unidos abrumarían sin dificultad a los pocos soldados de Felipe.

No sucedió así. En aquellos momentos tan críticos estaba ya salvada la Francia y su protegido Felipe V.

(1) Ya antes de esto Felipe V se había puesto al frente de las tropas, primero en su entrada en Portugal y después en la batalla de Almansa. (N. del T.)

Para comprender cómo pudo ser esto, hemos de echar una mirada al estado interior de Inglaterra en el reinado de la reina Ana.

CAPITULO V

SALVACION DE LUIS XIV: LA PAZ DE UTRECHT

El reinado de la reina Ana se ha conquistado en la historia de Inglaterra un puesto permanente y glorioso, tanto por las brillantes victorias que alcanzaron las armas inglesas en los campos de batalla, como por el esplendor de sus letras. Este período corto aparece en la historia de la Gran Bretaña como una repetición de la época de Augusto. «¡Epoca sublime! exclama un historiador inglés moderno, que pudo unir las victorias de un Marlborough y las investigaciones de un Newton; la elocuencia parlamentaria de un Bolingbroke, y la sagrada de un Atterbury con los escritos en prosa y en verso de Swift, Addison, Pope y Prior!» En efecto, había entrado el genio inglés en una vía brillante. La consolidación definitiva de su libertad política a fines del siglo XVII, las victorias gloriosas de sus armas en las batallas del continente, la prosperidad material, el bienestar y la vida robusta de las clases medias, tan florecientes, el carácter moderado de sus aspiraciones políticas, los grandes descubrimientos en el campo de las ciencias naturales, la filosofía despejada, clara, basada en el raciocinio experimental de Locke, elevaron los ánimos a nuevas esferas del pensamiento humano, desconocidas hasta entonces, y produjeron opimos frutos en todas las manifestaciones de la inteligencia.

Sucedió en Inglaterra en la época de la reina Ana lo que había sucedido en Roma en el siglo de Augusto: la pasión y el amor a la literatura, el entusiasmo por las grandes concepciones, el respeto y veneración hacia los grandes genios, hacia los literatos y poetas eminentes, se apoderaron de todas las clases de la sociedad; el autor de obras celebradas tenía entrada en todos los círculos; las puertas de los palacios y los brazos de los hombres mas eminentes y mas encumbrados del reino estaban abiertos para él y trataba con ellos de igual a igual. El conde de Oxford, primer ministro del reino, y el vizconde de Bolingbroke, ministro de negocios extranjeros, se cartearan con Prior y Swift, dándose en su correspondencia los nombres mas cariñosos y no llamándose mas que por los nombres abreviados usados en la mayor intimidad. Los primeros personajes del Estado tenían a grandísima honra y solicitaban ser presentados a estos y otros poetas y sabios célebres.

De esta manera formóse una nueva sociedad, la mas amable y mas inteligente que se ha visto, compuesta de elementos tan felizmente combinados, que no la igualó ni con mucho la de París en el último tercio del siglo XVIII, porque esta sociedad inglesa estaba sedienta de ilustración verdadera, de sabiduría y de verdad, y muy distante del cinismo material de los enciclopedistas franceses.

Las ideas filosófico-religiosas eran hijas por una parte del sistema ultra-lógico y práctico de Locke y por otra del de Espinosa.

Aunque los filósofos ingleses no fueron tan léjos como este último, sacaron de él, como de un arsenal, sus armas mas afiladas contra la doctrina de la inspiración divina, de los milagros y de las profecías. Locke y Espinosa dieron origen a la escuela *deista* inglesa que quería basar la verdad únicamente sobre el raciocinio, y que enseñaba la existencia de una divinidad, personal, ciertamente, é independiente de la creación, pero de una manera tan omnipresente é indefinible, que venía a acercarse muchísimo a la idea panteísta. Abrió